

mana, sino, lo que es mucho más abominable, inmolaís en los altares de Satanás la inocencia de la juventud.» (*Epist. ad Nectarium.*)

Cerrábase el oído á la tradicion de toda la Iglesia, resumida en estos términos en las *Constituciones apostólicas*, ecos fieles del espíritu puramente cristiano: «Absteneos de todos los libros de los gentiles; ¿qué os importan esas leyes extranjeras y esos falsos profetas? Estas lecturas han hecho perder la fe á las inteligencias superficiales... Absteneos, pues, absolutamente de todas las obras profanas y satánicas.» Á lo cual añadía san Jerónimo: «La filosofía, la poesía, la retórica paganas son el alimento de los demonios.» (Lib. I, c. IV.)

La literatura antigua que las edades de fe permitian estudiar entonces solamente cuando no era peligrosa, y con el solo objeto de hacer servir los despojos del Egipto para el adorno del santuario, llegó á ser como la leche con la que las jóvenes generaciones aspiraron el veneno del paganismo.

Cuando los espantosos estragos del protestantismo hubieron abierto los ojos acerca de sus peligros, ¿quién no habria esperado una reaccion profunda? ¿quién no habria pensado que á lo menos las Órdenes docentes, suscitadas por Dios para luchar cuerpo á cuerpo con el monstruo de la rebelion de las inteligencias y de los corazones, y preservar de sus ataques á las nuevas generaciones, sentirian la necesidad absoluta de romper violentamente con el pasado, cegar para siempre las fuentes impuras del paganismo, y dar, así en la instruccion como en la educacion, amplia participacion al elemento cristiano? ¡Ay! nada de esto. Tenemos á la vista la nomenclatura de los libros clásicos adoptados por maestros venerables en la apertura de sus colegios modelos, fielmente guardados por ellos hasta el día fatal de su dispersion en 1764, proseguídos por los mismos el día feliz de su restauracion, y con dolor averiguamos que, excepto el Nuevo Testamento griego y algunas homilias de san Juan Crisóstomo, seña-

ladas para la clase de segunda, todos los libros de texto para la enseñanza son exclusivamente paganos. No me siento con valor para consignar yo mismo el triste alcance de esta dolorosa ceguera y sus tan deplorables consecuencias. Dejaré que hablen dos jesuitas tan piadosos como sabios. El uno, el P. Possevino, vió nacer la Reforma y la Compañía de Jesús su implacable adversario; el otro, el P. Grou, muerto hácia 1803, vió cerrarse el colegio de Luis el Grande, y el teatro en el cual desempeñando el joven Voltaire el papel pagano de Bruto, en la tragedia del P. Porée, su ilustre maestro, exclamaba: «Mi hijo ya no existe; Roma es libre; demos gracias á los dioses!»

El primero, ante una manía tan universal, no temió dar este grave aviso: «¿Qué causa pensáis que es la terrible que precipita las almas al abismo de sus apetitos, á las deshonestidades, usuras, blasfemias y al ateísmo, sino que desde la juventud, en las mismas escuelas que son el pantel de los Estados, se enseña todo, excepto la piedad; se explica todo, excepto los autores cristianos; ó, si se hace estudiar un poco de religion, se encuentra mezclado todo con lo más impuro y lascivo, verdadera pérdida de las almas? Dígaseme por favor, ¿de qué sirve derramar en un tonel de grande medida un vaso de vino puro, delicioso, muy clarificado, y verter en el mismo al propio tiempo torrentes de vinagre y vino maleado...? En otros términos: ¿qué significa un poco de catecismo á la semana, con la enseñanza diaria de las impurezas é impiedades paganas? Si quereis salvar á la república, aplicad sin dilacion la segur á la raíz del árbol. Desterrad de las escuelas á los autores paganos, que, so pretexto de enseñar á nuestros hijos la hermosa lengua latina, les enseñan la lengua del infierno... Olvidan muy pronto el poco latin que aprendieron; pero no olvidan los hechos y las máximas impuras que leyeron y aprendieron de memoria; estos recuerdos les quedan de tal manera grabados en la memoria, que toda su vida prefieren oír las cosas vanas y hasta las más deshonestas que las útiles y honestas...» (*Ragionamento... p. 2.*)

El segundo fué más explícito aún, porque el resplandor de las teas ordinarias de la Revolución había iluminado su vista: «Nuestra educación es enteramente pagana. En los colegios y casas de educación no se les hace leer á los niños más que poetas, oradores é historiadores profanos; se les da de ellos la más elevada idea; se les presentan como los modelos más perfectos en el arte de escribir, como los genios más excelentes, como nuestros maestros. Á fin de facilitarles su inteligencia, se va muy allá en el pormenor de las genealogías y aventuras de los dioses y héroes de la Fábula. Se les traslada á Atenas, á la antigua Roma. Se les pone al corriente de las costumbres, usos y religion de los pueblos antiguos; se les inicia, por decirlo así, en todos los misterios, en todos los absurdos del paganismo: efectivamente, todo es objeto de una infinidad de comentarios que los sabios han compuesto acerca de cada autor. Este sistema de estudios debilita el espíritu de piedad en los niños. No sé qué confusa mezcla se forma en su cabeza de las verdades del cristianismo y de los absurdos de la Fábula; de los verdaderos milagros de nuestra religion y de las maravillas ridículas referidas por los poetas; sobre todo, de la moral del Evangelio y de la moral toda humana, toda sensual de los paganos. No reflexionamos lo bastante acerca de las impresiones que recibe el cerebro tierno de los niños; pero no dudo que la lectura de los antiguos contribuyó á formar el gran número de incrédulos desde el renacimiento de las letras (ya en 1623, contaba el Padre Mersenne cincuenta mil ateos en París sólo). Nunca habria sucedido esto, si la juventud no hubiese estado prevenida de admiración servil hácia los grandes nombres de Aristóteles, Platon y otros. Esta educación acostumbra á los niños á alimentarse de ficciones y mentiras agradables. De ahí procede el evidente afán por las representaciones teatrales, los poetas, aventuras, novelas y todo lo que agrada á los sentidos, á la imaginación, á las pasiones. De ahí la ligereza, frivolidad, aversión á los estudios serios, la falta de buen

sentido y de sólida filosofía. También en los colegios se aficionan los niños á las obras apasionadas, obscenas, peligrosas en todos conceptos para las costumbres: porque así son la mayor parte de los poetas antiguos.»
(*Moral de san Agustín.*)

Sé muy bien que un escritor, hombre de Estado, Mr. Thiers, cuya voz es tan universalmente escuchada y admirada, no ha temido decir, en el calor quizás de un movimiento oratorio:

«No se enseñan palabras solamente á los niños, al enseñarles el griego y el latin, sino *nobles y sublimes cosas*, la historia de la humanidad en imágenes sencillas, grandes, indelebles... La segunda enseñanza forma lo que se llama las clases ilustradas de una nación, y si las clases ilustradas no son la nación toda entera, la *caracterizan*. Sus vicios, cualidades, inclinaciones, buenas y malas, son muy pronto las de toda la nación, *hacen al mismo pueblo por el contagio de sus ideas y sentimientos*... La antigüedad es lo más bello que hay en el mundo. Dejemos á la infancia en la antigüedad como en un asilo tranquilo, pacífico, sereno, destinado á conservarla fresca y pura.»

¿Qué son, empero, estas frases huecas, pálido reflejo del arte declamatorio pagano, en comparación de los acentos de sublimes pesares salidos de la grande alma de Napoleón I, purificada é ilustrada por el fuego del infortunio, calmada por el frío del destierro?

«Pensemos un momento, exclama, sí, pensemos un momento en la extremada locura de los que pretenden educarnos. Deberían seguramente esforzarse cuanto pudiesen por alejar de nuestros ánimos la idea del paganismo y de la idolatría; porque si algo puede debilitar el sentimiento de la fe, es ciertamente un comercio continuo con los absurdos de la estupidez pagana. Y no obstante, ¿qué hacen los sabios preceptores? Nos trasportan á la sociedad griega y romana entre innumerables divinidades de su absurda mitología. Esto me sucedió en mi infancia, y yo sé el efecto que esto produjo en mi ánimo. Precisa-

mente en el momento en que hubiera sido más necesario alimentarme en los sentimientos de la fe, cuando estos sentimientos eran aún vigorosos, me llenaron aquellos imbéciles de todas las tonterías de la antigüedad, y descargaron un golpe terrible sobre las convicciones de mi infancia, de manera que la duda entró en mi ánimo en la edad en que apenas gozaba yo de mi razón. Sí, esta fué mi desgracia cuando todavía no era yo más que un niño!» (*Memorial*.)

¡Qué lección tan elocuente y dura! Y no se ha cuidado de escucharla! La causa fatal de la pérdida de la fe está más que nunca en acción, y sus estragos se perpetúan en una proporción ascendente, cuya sola idea hiela de espanto. «Cuando veo, dice M. Bastiat, en su libro acerca del socialismo y bachillerato, á la sociedad actual que echa á los jóvenes por docenas de miles en el molde de los Brutos y Gracos, para lanzarlos después, incapaces de todo trabajo útil, á la prensa y á la calle, asómbreme que resista esta prueba, porque la enseñanza clásica no tiene solamente la imprudencia de sumergirnos en la vida griega y romana, sino que nos sumerge en ella acostumbrándonos á apasionarnos por ella, á considerarla como el bello ideal de la humanidad, tipo sublime, colocado demasiado alto para las almas modernas, pero que debemos esforzarnos por imitar, sin pretender jamás alcanzarlo.» Y sin embargo: «¿Qué es el patriotismo, el excelente costado del mundo antiguo? El odio del extranjero, destruir toda civilización, ahogar todo progreso, pasear por el mundo la tea incendiaria y la espada, encadenar mujeres y ancianos en los carros triunfales. ¡Á estas atrocidades estaban reservados el mármol de los estatuarios y los cantos de los poetas! ¡Cuántas veces no palpitaron de admiración nuestros jóvenes corazones ante este espectáculo! De esta manera nos preparaban para la vida cristiana nuestros profesores, sacerdotes venerables, llenos de cuidado y caridad.»

Los hechos, empero, son más elocuentes que todos los discursos. Para juzgar definitiva é irrevocablemente á la

enseñanza clásica, tal como la han comprendido el clero y la Universidad, basta consignar que ha engendrado la filosofía del siglo décimooctavo, el volterianismo.

Al Obispo de Langres que, desde lo alto de la tribuna de la Asamblea nacional, acusaba á la Universidad de haber educado á la generación socialista de 1848, replicaba M. Cremieux por un terrible argumento *ad hominem*: «Vosotros, el clero, los jesuitas, sois los que educasteis á la generación de la filosofía incrédula del siglo décimooctavo y á la generación revolucionaria de 1793.» Uno de los corifeos del 93 dijo: «La Revolución reconoce á Voltaire y Rousseau por sus padres... Pero Voltaire y Rousseau son hijos del Renacimiento... El puesto estaba ocupado por el Paganismo. Los jesuitas no fueron más que nuestros pasantes... Las naciones paganas fueron nuestros antiguos maestros...» Rousseau iba diciendo en todas partes que la lectura de Plutarco le había hecho lo que era... Voltaire, Diderot, d'Alembert, Mably, Raynald, todos los enciclopedistas, casi todos educados ¡ay! por jesuitas, son evidentemente almas ébrias del paganismo. vacías de cristianismo... Todos han tributado solemne homenaje al Renacimiento... «La Edad media, dijo d'Alembert, creía que era inútil buscar modelos de poesía en las obras de los griegos y romanos, y tomaba por la verdadera filosofía de los antiguos una tradición bárbara que la desfiguraba... Pero finalmente, la luz viene de todas partes... Devórase sin distinción lo que los antiguos nos habían dejado en cada género; se los traduce, se les comenta, y por una especie de reconocimiento se pone á adorarlos.» La adoración del mundo pagano, hé aquí, efectivamente, en qué consiste toda la filosofía del siglo décimooctavo. Sus adeptos, sin excepción, son paganos en sus ideas, en su vida, en sus costumbres, en su muerte. Todas sus doctrinas acerca de Dios, del mundo, del alma, de la moral, de la virtud, de las penas, de la sociedad, de la forma de los gobiernos, son ecos desvergonzados del paganismo; en todas estas grandes y graves cuestiones

no hay una extravagancia pagana que ellos no hayan renovado. «Nuestros verdaderos modelos, decía Helvecio, han sido Hércules, Cástor, Ceres, Baco, Rómulo, Sócrates, Escipion, Aristides, Timoleon... Por esto nuestros estudios han sido cien veces más honestos que los de los cristianos que se hubieren alimentado de santos, á quienes se hubiese dado por patronos frailes viles, Domingo, Antonio, etc., etc.»

Calculad el número inmenso de almas que la filosofía del siglo décimooctavo ha extraviado, hombres que aún actualmente tienen á Voltaire por maestro, rey y dios, y decid si he exagerado, al afirmar que la primera de las grandes causas de la pérdida actual de la fe había sido la invasión del espíritu pagano en el siglo del Renacimiento.

¿Y qué será cuando á la incredulidad de la filosofía se le unan los trasportes de la Revolucion francesa, su hija tan terrible, la nieta tan desenfrenada del Renacimiento? «¿Quién podría negar, decía el célebre publicista cristiano Donoso Cortés, que somos los hijos del Renacimiento antes de serlo de la Revolucion?» «La Revolucion no fué más que la representacion de los estudios del colegio... Se personifica en Bruto el héroe de la tragedia del P. Porée, el héroe también de la tragedia de Voltaire. Estaba ya hecha en la educacion. De antemano se tenía ya ganada la admiracion para las instituciones de Licurgo y los tiranicidas de los Panateneos.» Así se expresaba M. Nodier, y añadía: «Es un testimonio que la filosofía del siglo décimooctavo no ha podido dejar de prestar á los jesuitas, á la Sorbona, á la Universidad... El colegio es el que ha producido la Revolucion con todos los males de que es origen.» (*Souvenirs.*)

Todos los apóstoles y todos los ecos de ese gran drama afirman esta misma filiacion. Dupuy: «Yo era republicano antes de la Revolucion, á consecuencia de mis estudios...» Fourcroy: «Los colegios fueron la cuna de la Revolucion. Las escuelas públicas eran fuentes en las que la juventud bebía hiel y odio contra los gobiernos que no

fueran la República.» Andrieux: «La influencia de los libros que servían para nuestra educacion, la admiracion por esta bella literatura griega ó latina, todo exaltó el entusiasmo, todo nos sumió en la exageracion...» Michelet: «La bárbara imitacion de los republicanos de la antigüedad era el punto de vista que dominaba durante la Revolucion...» Chazal, citado ya: «La incuria de nuestros reyes no dejó formarnos en las escuelas de Esparta y Atenas.» Schlegel: «La influencia del *Telémaco* ha sido grande... Contiene todos los principios del día... Renacimiento... erudicion griega y romana... espíritu del siglo... más ciudadanos de Roma y Atenas, que hombres de su época y cristianos.» Debe añadirse con un célebre conspirador de nuestra época: «La educacion pública es toda republicana. Es una declamacion perpétua contra la monarquía, el panegirico incesante de la democracia.»

Los hechos acusan todavía más esta filiacion desesperadora. ¿Qué querían todos los campeones de la Revolucion? Saint-Just: que todos poseyéramos la dicha de Esparta y Atenas, y que todos los ciudadanos llevarán debajo de su traje el cuchillo de Bruto. Carrier: que toda la juventud tenga continuamente vueltos los ojos al brasero de Escévola, á la muerte de Ciceron y á la espada de Caton! Rabaud Saint-Etienne: que, siguiendo el ejemplo de los cretenses y espartiatas, se apoderara el Estado del hombre desde la cuna y aun antes de su nacimiento. La seccion de los *Quinze-Vingts*: que se consagrara un templo á la libertad, que se erigiera en él un altar en el que ardiera un fuego perpétuo alimentado por jóvenes Vestales. La Convencion en masa: que nuestros municipios no tuvieran jamás y en todas partes más que Brutos y Publícolas.

En realidad de verdad, toda la Revolucion no es más que el eco lúgubre y fatalmente entusiasta del lenguaje, de las costumbres y hechos de la antigüedad, cuya enseñanza clásica no había cesado de saciar la inteligencia de la juventud. Atenienses de Metz, Bruto-Franco-Conda-

dos, etc., etc., asignados de Bruto, de Caton, de Publicola; fiestas todas paganas, sacerdotes de la Naturaleza; decenviros, triunviros, cónsules, procónsules; triunfos romanos; altar de la Razon; apoteosis, etc.; diosas, genios, trajes, corridas, carreras, luchas, juegos olímpicos, etc., etc.; en todas partes, siempre el paganismo.

Esto basta y sobra; es exactamente el árbol juzgado y condenado por sus frutos amargos. Fué una tempestad espantosa que desarraigó la fe de todas las almas. Cuando estuvo calmada, y aunque el exceso del mal abrió los ojos á los más ciegos, la incredulidad reinó todavía por mucho tiempo como soberana. Hasta diez ó quince años despues no se vió á algunos hombres de las clases elevadas é instruidas reconciliarse abiertamente con la fe, y volver á las prácticas esenciales de la vida cristiana.

El clero y la universidad prosiguieron su grande obra de la enseñanza y educacion de la juventud; pero ¡ay! sin tener para nada en cuenta la experiencia adquirida, sin cambiar nada de sus programas y de los libros clásicos, sin ceder ningun puesto al elemento cristiano, dejando al elemento pagano su dominacion en cierto modo exclusiva.

Para hacer evidentes á todo el mundo los resultados de esta nueva campaña, no menos fatal que las primeras; para hacer resaltar plenamente la extension de los males causados por la cuádruple influencia sucesiva del Renacimiento, del Protestantismo, del Volterianismo y de la Revolucion, séame permitido bosquejar rápidamente la historia de la filosofía moderna, ó de las ciencias de raiocinio, cuyo objeto especial es la investigacion de las verdades intelectuales, y demostrar el horrible caos de doctrinas contradictorias á que han fatalmente conducido las teorías anticristianas. Y obsérvese bien que los extravíos del corazon son incomparablemente menos desastrosos que los de la inteligencia; la depravacion de las costumbres es incomparablemente menos fatal que la perversion de las inteligencias, ó lo que yo llamaria la pérdida universal del buen sentido, del sentido comun. La inmo-

ralidad es un gran mal á no dudarle, pero este mal no es absolutamente incurable. Si la inteligencia ha quedado abierta para la verdad, para los primeros principios, nacerá muy pronto el disgusto del abuso, los remordimientos acabarán tarde ó temprano por hacer sentir su aguijon, y no se hará esperar el retorno á la virtud. Pero cuando la razon está extraviada, cuando la inteligencia descarriada ha perdido el sentimiento de la verdad, cuando las bases de la certeza han sido echadas por los suelos, cuando en medio de las más opuestas aserciones se hace moralmente imposible distinguir lo verdadero de lo falso; cuando sobre todo la creencia casi universal es que lo verdadero y lo falso no tienen nada de absoluto, que son solamente fenómenos de persona, tiempo ó lugar, ¿cómo podria verificarse la conversion sin un brillante milagro? Por esto, cuando habremos demostrado que en la hora actual no hay en filosofía ningun fondo comun de verdad, ningun principio en el que estén perfectamente de acuerdo todas las inteligencias, se comprenderá fácilmente que la fe se haya ido alejando de ellas, y se vaya alejando siempre cada vez más. Efectivamente, la primera condicion de la fe, es que el alma esté en posesion de la verdad.

Veamos, pues, lo que ha llegado á ser la filosofía, y dejemos primeramente que un autor protestante, M. Matter, inspector general de la Universidad, muy al corriente por lo tanto de la enseñanza filosófica, nos indique con grande imparcialidad el origen de la emancipacion y de los extravíos de la razon moderna.

«Cuando los griegos expulsados de Bizancio abordaron á Italia, la Europa tenia una retórica, una lógica, una filosofía, una teología, en una palabra, la ciencia del mundo... En todas partes habia la misma fe, en todas partes el mismo pontífice padre de todos los fieles. La situacion moral y política de todos era semejante, en todos los corazones reinaban los mismos deseos. El cristianismo habia fundado y civilizado todos los imperios... El clero habia creado, reglamentado todas las escuelas; y eran obra